

1

Introducción

1 | 1 Objetivo

El propósito central de este libro es ofrecer algunas ideas sobre la identidad de la atractiva modalidad lingüística hispánica que se habla en la República Dominicana, con la esperanza de que el lector obtenga una visión de conjunto del habla del país desde una perspectiva sociolingüística. Podría decirse que el objetivo final consiste en responder de forma sencilla unas preguntas que muchos, callada o expresamente, se han hecho alguna vez: *¿Existe un español, o un modo de hablar el español, típicamente dominicano? ¿Es la lengua hablada en el país exactamente la misma que se habla en otros países hispánicos o tiene unas características peculiares que la distinguen?* O, formulando la cuestión de manera más directa, *¿cómo hablamos los dominicanos?*

1 | 2 Caracterización global del español dominicano

Parece evidente que, en lo fundamental, el español dominicano es igual al de todas partes. Utiliza, básicamente, las mismas estructuras sintácticas, el mismo sistema de sonidos y comparte con los demás la mayor parte de su vocabulario. Esto hace posible que miles de personas a todo lo largo y ancho del territorio de la nación disfruten de telenovelas realizadas en México o en Venezuela, así como de programas informativos, de entretenimiento, de debates, difundidos vía satélite desde Madrid, Miami, y otros lugares. Por otro lado, no surgen conflictos mayores de comunicación cuando un ciudadano dominicano, en su país o en el extranjero, entabla una conversación con un argentino, un colombiano, un salvadoreño, un español o un chileno.

Sin embargo, el español hablado por los dominicanos también manifiesta unos rasgos superficiales que permiten diferenciarlo de los demás y que, por así decir, le confieren una fisonomía propia. Es un hecho que perciben con claridad y del que continuamente dan testimonio los nativos del resto de los países hispanohablantes cuando entran en contacto con algún dominicano.

En pocas palabras, puede decirse que en la lengua dominicana conviven dos tendencias antagónicas: una *conservadora*, que explica el mantenimiento de ciertos elementos antiguos y el apego a las formas tradicionales, y otra *innovadora*, que se manifiesta en avanzados fenómenos de reducción fonética, en distintos patrones de entonación, en algunos esquemas sintácticos, o en la adopción y creación de palabras nuevas.

Son ejemplos de la primera, la conservación de unidades léxicas casi olvidadas en otros lugares, como *boto* ('sin filo'), *bregar* ('trabajar con afán, ajetrearse'), *mata* ('planta de cualquier tipo, yerba, árbol'), *pela* ('golpes, paliza'). En el ámbito sintáctico, en una parte del país muchos mantienen el uso del elemento *ello* como sujeto impersonal en oraciones del tipo *Ello no hay arroz*. En lo morfológico hay ejemplos como *desapartar*, por *apartar*. En el terreno fonético, el conservadurismo puede ilustrarse con el uso de formas como *cocote*, por *cogote*, y con los modestos índices de eliminación de la /d/ colocada entre vocales (*cansao*, en vez de *cansado*) que se registran en el habla culta dominicana, en comparación con lo sucedido en otras zonas, especialmente en España, donde el fenómeno es mucho más común y tolerado.

La fuerza innovadora, a su vez, queda corroborada por los enormes porcentajes de eliminación de la /s/ final de sílaba que se producen variablemente en los diversos sectores socioculturales del país (*ecuela*, por *escuela*; *má*, por *más*). Este estado tan avanzado del proceso de desgaste de la /s/ sitúa al dialecto dominicano como el mejor exponente del *radicalismo* consonántico por el que se caracteriza el español de las denominadas tierras bajas americanas.

Como reacción a la pérdida muy frecuente de la /s/, a veces surgen en el habla popular formas ultracorrectas como *yos*, por *yo*, *fisno*, en lugar de *fino*, en un intento infructuoso de algunos hablantes por elevar su nivel de corrección delante de personas desconocidas o que conside-

ran pertenecientes a un grupo social más alto que el suyo. Sucede en estos casos que el hablante interpreta como incorrecta una forma correcta y la sustituye por la que él considera normal.

También se refleja el dinamismo del habla dominicana en el abandono de formas léxicas envejecidas, que ahora se encuentran fuera de la circulación general, como *chalina* ('corbata'), *terina* ('vasija usada para bañarse la cara y las manos'), *túnico* ('vestido de mujer'), *yico* ('huraño, arisco'); y especialmente en la fácil adopción de términos nuevos de diverso origen, como ha sucedido con *bipear* ('enviar una señal por *beeper*'), *celular* ('teléfono móvil'), *estrés*, *figureo* ('exhibicionismo pretencioso'), *lonchera* ('caja o recipiente en el que los niños llevan su merienda a la escuela'), *matatán* ('persona que demuestra gran habilidad para algo o que se considera lo máximo en cierto oficio'), *motoconcho* ('motocicleta que se utiliza como transporte individual de pasajeros'), *viejivo* ('adulto que se comporta o realiza actividades propias de jóvenes'). Esta gran movilidad del léxico se puede ilustrar también con el término '*patilla*', que poco a poco ha ido cediendo terreno a favor de *sandía*, la forma de uso más general del español que hace unos años era prácticamente desconocida por los estratos medio y bajo de la población.

Desde el punto de vista subjetivo de las actitudes, parece estar presente una especie de complejo de inferioridad lingüística en la conciencia de muchos dominicanos, que consideran que su forma de hablar es peor o menos correcta que la de los hablantes de países como Colombia, Costa Rica, España. Este sentimiento, que probablemente es un reflejo del pesimismo que las circunstancias históricas, políticas y económicas del país han creado en la mente de los ciudadanos, es mantenido incluso por personas de alto nivel intelectual. La creencia de que lo extranjero es superior a lo nativo se expresa de diversas formas y podría ser una de muchas razones por las que tantos dominicanos, según se revela en una encuesta publicada recientemente por un diario vespertino local, confiesan que preferirían vivir fuera del país.

1 | 3 Origen del español dominicano

La mayoría de los investigadores está de acuerdo en que no solo el español dominicano, sino el de toda la zona del Caribe, tiene sus raíces en la modalidad lingüística andaluza y canaria. Una larga lista de fenó-

menos ilustra el notable paralelismo que existe entre esos dialectos españoles meridionales o 'atlánticos' y los que se hablan al otro extremo del océano en las tres Antillas hispánicas. En el campo de la pronunciación, se pueden citar casos como el uso de la 'ye' en vez de la 'elle'; el relajamiento de la articulación de varias consonantes, en especial cuando están situadas en posición final de sílaba y de palabra: con frecuencia la /s/ se pierde o se convierte en un sonido aspirado parecido a una 'jota' (*laj tre*, por *las tres*); la /r/ y la /l/ se confunden (*talde*, por *tarde*; *arto*, en vez de *alto*); la /n/ final se articula moviendo la lengua hacia el fondo de la boca; la 'jota' queda convertida en un soplo de aire que rozla la pared de la faringe al salir por el canal bucal abierto. En el aspecto sintáctico, por su parte, es común el uso del pronombre *ustedes* en lugar de *vosotros*. Se mantiene la distinción entre el pronombre *lo*, para la función de objeto directo masculino de persona (*Lo quiere mucho*), y *le*, para el indirecto (*Le regaló un reloj*); y se prefiere la forma *-ito* para el diminutivo (*arbolito*). En cuanto al léxico también hay semejanzas importantes, como el uso de ciertos términos marineros que han adquirido un sentido general (*botar*, *halar*) o la conservación de palabras desaparecidas del habla del norte de España (*candela*, *mondar*).

Las coincidencias anteriores y otras no mencionadas aquí, unidas al hecho histórico de que en los primeros años del Descubrimiento la mayoría de los españoles llegados al Nuevo Mundo eran andaluces, llevan a muchos a pensar que esa variedad lingüística de España constituyó la fuente original que sirvió de base para la formación del español dominicano. Lógicamente, esto no quiere decir que el último sea una réplica exacta de la primera. Hay que tomar en cuenta que a través de los siglos, la evolución que experimenta un fenómeno en un lugar puede ser distinta de la que se produce en otro por diversas razones. En el caso de la República Dominicana, un factor de relevancia fue el relativo aislamiento en que se desarrolló la vida del país durante mucho tiempo.

Por otra parte, un elemento que sin duda contribuyó a la peculiar conformación del español en Santo Domingo fue la influencia de las lenguas africanas habladas por los miles de esclavos traídos a la isla desde muy temprano. Esa huella es más visible en el vocabulario, donde perviven formas como *cachimbo*, *fucú*, *guineo*, *macuto*. Pero no se debe des-

cartar que ahí esté una de las causas de la tendencia a la nasalización del español dominicano, revelada, entre otras cosas, en formas como *ña-mar* ('llamar'). También es posible que dichas lenguas hayan ejercido una acción impulsora de procesos fonéticos ya en marcha, como la confusión de /r/ y /l/, o el desgaste frecuente de la /s/ final de sílaba. En la sintaxis, parece tener raíz africana el uso de la doble negación (*Ella no fue no*).

Otro ingrediente ligado a la identidad lingüística dominicana es, naturalmente, el de la herencia indígena, manifestada en el vocabulario en términos como *batata, caoba, cazabe, hamaca*.

En este libro solamente se describen los hechos que en la actualidad son más notables y que en conjunto contribuyen a definir la identidad lingüística dominicana en el período que comprende las décadas finales del siglo XX y los primeros años del XXI. Como se observará, casi todos los fenómenos comentados aparecen también en otros países, pero tal vez en ninguno se producen con la misma frecuencia, ni forman igual combinación con las demás características del modo de hablar de los dominicanos.

Pero antes de entrar en materia, conviene aclarar algunos conceptos fundamentales.

1 | 4 La variación lingüística

La variación es un rasgo esencial, necesario, de la estructura de todo sistema lingüístico. La finalidad de las lenguas consiste en permitir el intercambio de información entre las personas. Son instrumentos de comunicación que están al servicio de la gente y, por eso, el hecho de que las lenguas cambian no es un asunto accidental, o producto de la casualidad. Para poder cumplir con su función y justificar su existencia, las lenguas *tienen que cambiar*, porque las necesidades de los usuarios cambian continuamente.

Las exigencias de comunicación de un médico no son las de un zapatero; las de un hablante de hoy no son iguales a las que tenía uno que vivió hace más de cien años; ni las de un habitante de una isla caribeña son las mismas que las de uno del cono suramericano. Si una lengua no cambiara, sería como una camisa de acero, rígida, incapaz de amoldarse al cuerpo y a los movimientos de quien la llevara puesta. Ló-

gicamente, por ser inflexible, sería una camisa inútil que nadie podría usar, es decir, *no sería una verdadera camisa*: a lo sumo valdría como caricatura o como una escultura de una camisa.

Dentro de este marco, conviene puntualizar que las variaciones observadas en una lengua a través del tiempo, del espacio geográfico o de acuerdo con el nivel social de sus hablantes, no significan en absoluto que haya degenerado o que se esté deteriorando, como creen algunos, sino todo lo contrario. Las lenguas no se corrompen, simplemente cambian, evolucionan, para poder cumplir con su misión, ajustándose a las necesidades y a los gustos de las personas. Y ahí está precisamente su belleza y su inestimable valor.

Existen varios tipos de variación lingüística: la que se da a través del tiempo o de la historia, que se llama *diacrónica*; la que se produce a través del espacio geográfico, de una región a otra donde se habla la lengua, llamada *diatópica*; la que ocurre a través de la estructura social de la comunidad, entre los miembros de los diversos grupos que la componen, denominada *diastrática*; la que se revela a través de las cambiantes situaciones en las que se realiza el acto de habla, de acuerdo con las circunstancias concretas en que se encuentra el hablante, la *diafásica*. Cualquiera de estos tipos de variación puede manifestarse en los diversos niveles de análisis lingüístico, es decir, en el campo de la pronunciación, en el de las estructuras morfosintácticas y en el léxico.

1 | 5 Variación diacrónica o temporal

Igual que cualquier otro fenómeno social, las lenguas cambian paulatinamente a través de la historia. Algunos ejemplos de carácter fonético son la conversión de /p, t, k/ en /b, d, g/, respectivamente, cuando estaban situadas entre vocales (la forma *lupu* se transformó en *lobo*, *latu* en *lado*, *lacu* en *lago*); la diptongación de ciertas vocales acentuadas (*terra* se hizo *tierra*, y *porta* pasó a *puerta*); el cambio de la f- inicial de palabra (*filu* se convirtió en *hilo*, *facere* en *hacer*).

En el nivel sintáctico puede citarse la eliminación del artículo delante del adjetivo posesivo (antes se decía *la tu casa* en vez de *tu casa*) o cambios en cuanto al orden de las palabras (como *me se olvidó*, que actualmente se dice *se me olvidó*).

En cuanto al léxico y la semántica existen numerosos ejemplos de re-

novación del vocabulario, lo que ha conducido al desuso de algunas palabras, llamadas arcaísmos, como *asaz* ('bastante'), *aguaitar* ('mirar'), y a la introducción de términos nuevos, los neologismos, del tipo *cris-talizar*, *eslogan*. También hay casos de ampliación de significado, como sucedió con *cosa*, derivada de *causa*, y con *dinero*, de *denario*, que era una moneda con un valor específico. A la inversa, se han producido fenómenos de restricción de significado, como *guisar*, que antes significaba 'preparar cualquier cosa', no solamente la comida, y como *labrar*, que no significaba 'trabajar la tierra' como ahora, sino 'trabajar' en general. En otras ocasiones, la evolución ha dado como resultado dobles léxicos con etimología común. Existen ahora dos palabras derivadas de una misma base. De ellas, una es culta y conserva casi la misma forma de su origen, y otra se considera popular, porque ha experimentado cambios a través de los años. Ejemplos de lo anterior son las parejas *acre* y *agrío*, *afiliado* y *ahijado*, *colocar* y *colgar*, *delicado* y *delgado*, *directo* y *derecho*, *duplicar* y *doblar*, *frígido* y *frío*, *íntegro* y *entero*, *pleno* y *lleno*, *rápido* y *raudo*, *solitario* y *soltero*.

1 | 6 Variación diatópica o espacial

Resulta muy comprensible que una lengua como el español, hablada por aproximadamente 400 millones de personas en más de una veintena de países en los que ha tenido historias diferentes, presente diversidad de formas en su pronunciación, en su sintaxis y en su vocabulario. Es normal que las distancias geográficas hagan difícil la comunicación entre personas que viven en regiones alejadas unas de otras. Esa falta de contacto contribuye a la diferenciación lingüística.

Con respecto a la pronunciación es bien conocido el caso de la /r/ final de sílaba, por ejemplo, que en muchos lugares se convierte en una /l/ (*puelta* por *puerta*); en otras zonas, sin embargo, puede transformarse en i (*pueita*); en otras se mantiene. Variaciones semejantes se encuentran con relación a sonidos como la consonante 'ye', en *mayo*, por ejemplo, que puede ser pronunciada con mayor o menor grado de abertura y de tensión articulatoria, o la 'jota', que es articulada en unos sitios de forma áspera y fuerte, y en otros se relaja pronunciándose como una simple aspiración de aire. Todo el mundo sabe, además, que en una amplia zona de España se pronuncia el sonido interdental 'zeta', en

palabras como *zapato*, *cena*, pero que en los países hispanoamericanos es general el seseo, es decir, la pronunciación de una 'ese' en lugar de la 'zeta', de forma que las palabras anteriores se pronuncian *sapato* y *se-na*, respectivamente.

Una distinción muy citada en Hispanoamérica es la que se produce entre las llamadas tierras altas y las tierras bajas, que algunos han caracterizado, de forma jocosa, según su régimen alimenticio: *las tierras altas se comen las vocales* y *las bajas se comen las consonantes*. De esta manera, en Bogotá, en La Paz, en la ciudad de México o en Quito se puede escuchar la palabra *entonces* bajo la forma de [entóns's], con una /s/ final muy tensa pero sin la /e/; en cambio, en Santiago de Chile, en Caracas, en La Habana o en Santo Domingo, es común oír [entónse], con retención de la /e/ pero eliminando la /s/ final.

En el campo morfosintáctico, en unos países se dice *tú comes* y en otros, *vos comés*; en gran parte de España es normal *vosotros cantáis* o *le besé en la frente*, pero en América lo común es *ustedes cantan* o *lo besé en la frente*.

En cuanto al léxico, la diversidad es mayor. Dependiendo de la región, una misma realidad es llamada *auto*, *carro* o *coche*; *frijoles*, *habichuelas* o *porotos*; *acera*, *andén*, *banqueta* o *calzada*.

Los siguientes ejemplos ilustran algunas de las preferencias léxicas que distinguen el español hablado en España del que se habla en varios países hispanoamericanos:

ESPAÑA	AMÉRICA (varios países)
atar	amarrar
coche	carro
chaqueta	saco
echar	botar
enfadado	bravo
levantarse	pararse
marcharse	irse
patata	papa
piso	apartamento

1 | 7 Variación diastrática o social

Es fácil comprobar que dentro de la sociedad no hablan igual, generalmente, el abogado y el mensajero, el ingeniero y el obrero de la construcción, ni la maestra y la empleada de la limpieza en la escuela. Y es natural que sea así, porque cada una de esas personas se desenvuelve en ambientes distintos, desempeña diferentes funciones y tiene necesidades diferentes.

Puede decirse que cada grupo sociocultural se distingue de los otros en su forma de hablar. Ese modo particular que caracteriza el habla de cada grupo, que revela el nivel sociocultural del individuo y ayuda a saber cómo es esa persona, se llama *sociolecto*. En ese sentido, a veces se habla de *sociolecto alto*, *sociolecto bajo*, o se utilizan denominaciones como *habla culta*, *lengua popular*, *lenguaje de la clase media*.

Para ilustrar las variaciones que se dan entre los diversos grupos sociales, en el nivel fonético-fonológico vale citar la diferente proporción con que se produce el proceso de eliminación de la /s/ en la República Dominicana, donde todo el mundo se come las eses, pero las personas de los niveles socioculturales bajos lo hacen con mayor frecuencia que las que tienen educación superior, por ejemplo. Algo similar sucede con relación a otros fenómenos, como el mantenimiento en el habla de los grupos bajos del sonido aspirado de la ‘hache’ procedente de una ‘efe’ latina inicial de palabra, que lleva a decir *jam-bre* en vez de *hambre*, *jierro* por *hierro*; o como el cambio de posición de sonidos en algunas palabras que convierte a *nadie* en *naide*, *pobre* en *probe*.

En el terreno morfosintáctico, es propio de los sociolectos bajos decir *semos*, en vez de *somos*, o *yo no ha comido* en vez de *yo no he comido*. También parece una característica de los hablantes de clase baja la mayor frecuencia con que usan ciertos diminutivos, como *azuquita*, *chi-quinigo*.

En el nivel léxico-semántico hay diferencias cuantitativas entre los grupos. Está comprobado que el inventario léxico es más extenso en el sociolecto alto que en el bajo. Por otra parte, es normal el uso de palabras distintas para determinadas denominaciones, según el nivel social de la persona: *colgar/guindar*, *erupción/rasquiña*, *jactancioso/alabancioso*, *pelar/mondar*.

1 | 8 Variación diafásica o situacional

Así como sucede con el vestido, que se cambia según las circunstancias, la manera de hablar también se ajusta a las diversas situaciones en que se encuentre la persona. Nadie habla igual en privado con sus hijos, por ejemplo, que con el director de la escuela en medio de una reunión de padres y maestros.

El modo de hablar que usan los individuos para adaptarse a la situación, es decir, a lo que están haciendo en un momento dado, es el *estilo* o el *registro*. A esa variedad lingüística hacen referencia designaciones como *estilo espontáneo*, *estilo coloquial*, *estilo informal*, *habla formal*, *habla familiar*, *lenguaje solemne*.

En cuanto a la pronunciación, sirve para ilustrar estas variaciones la diphongación que suele hacerse de combinaciones de vocales en casos como *pasear*, convertido en *pasiar* en el habla coloquial. Resulta claro, además, que la frecuencia con que ocurren algunos procesos, como la eliminación de la -d- situada entre vocales y después del acento (*deo* por *dedo*), aumenta en la medida en que la persona le pone menos atención a su forma de hablar y, en consecuencia, el estilo se hace menos formal. Como fenómenos morfosintácticos asociados con el estilo informal pueden citarse el mayor empleo del diminutivo (*cafecito*, *tempranito*), las oraciones inconclusas, las repeticiones.

Finalmente, en el nivel léxico se manifiesta una alternancia entre palabras normales en el estilo formal y semiformal, y otras empleadas espontáneamente en situaciones informales o familiares. Algunos ejemplos del español dominicano son los siguientes:

EN ESTILO FORMAL Y NEUTRO	EN ESTILO COLOQUIAL
centavo	chele
borrachera	jumo
homosexual	maricón o pájaro
poco	chin
precoz	agentao
prostituta	cuero

1 | 9 Factores sociales

De lo expuesto anteriormente se desprende que el comportamiento lingüístico de las personas está condicionado por una serie de factores sociales. Dicho de otra manera, los cambios que se producen en la lengua dependen en buena parte de la influencia de variables como el sexo, la edad, el nivel sociocultural de los hablantes.

A veces se tiende a creer que el hablante es libre de decir lo que quiera y como quiera. Y esto no es completamente verdad. En cierta forma, los individuos no son libres, sino que al momento de seleccionar las formas lingüísticas que van a usar, están condicionados por la edad, por el sexo, por la condición social y por la relación que los une a su interlocutor. Así, por ejemplo, cuando un joven empleado se dirige a su jefe, de edad avanzada, probablemente no usa el tratamiento *tú*, sino *usted*, y procura también cuidar el vocabulario y la pronunciación. Algo muy distinto haría si se encontrara en un bar departiendo con sus amigos de infancia.

En cuanto a la influencia del factor sexual, varias investigaciones han mostrado que las mujeres son, en general, más sensibles que los hombres a la presión social y por eso tienden a usar con mayor frecuencia las formas consideradas correctas. Este comportamiento lingüístico más conservador es coherente con la mayor atención prestada por ellas, por ejemplo, al maquillaje y al vestido. Se ha verificado, entre otros aspectos, que eliminan las eses con menor frecuencia que los hombres. En cuanto al vocabulario, no es difícil percibir que los hombres se permiten decir algunas palabras duras o fuertes que las mujeres generalmente no usan. En cambio, ciertas expresiones, como *¡Qué lindo!*, pueden tener connotación femenina.

Pero de todos los factores externos, el que produce un efecto más notable sobre la actuación lingüística es el sociocultural. En la República Dominicana, es marcada la diferencia que establece este factor tanto en la pronunciación, como en la sintaxis, y en el léxico. Si se compara, por ejemplo, el habla de un abogado de nivel socioeconómico alto con la de un obrero no alfabetizado, se comprueba que el primero elimina las eses y las eses finales de sílaba y de palabra con menos frecuencia, usa un vocabulario más variado y una sintaxis más compleja que el segundo.

1 | 10 Factores lingüísticos

Como es lógico suponer, la variación también está condicionada por factores lingüísticos. Pero no solamente eso, sino que estos factores, que suelen llamarse internos, tienen prioridad sobre los externos o sociales, en el sentido de que los últimos solo pueden producir un efecto donde la lengua lo permite. Por ejemplo, en la región norte dominicana actúa con fuerza el elemento social para crear una notable diferencia entre la pronunciación de los hablantes de nivel bajo, que con frecuencia convierten la /l/ y la /r/ en una i (dicen *aito*, por *alto*, *tai-de*, en vez de *tarde*), y los del nivel alto que no lo hacen o lo hacen con muy baja frecuencia y solo en estilos informales. Sin embargo, esa oposición, creada por el factor sociocultural, solo se manifiesta cuando la consonante objeto del cambio está situada en posición final de sílaba. Si la /l/ o la /r/ se encuentran al comienzo de una sílaba, como en las palabras *palo* y *paro*, entonces la diferencia de nivel sociocultural no tiene consecuencias y tanto los muy educados como los que no poseen instrucción dicen *palo* y *paro*. Resultaría sumamente extraña y sorprendente, por no decir imposible, una pronunciación como *paio*, en vez de *palo*. Esto significa que el factor sociocultural está subordinado al factor lingüístico, que en este caso es la posición dentro de la sílaba.

Otro hecho digno de mención es la sustitución de la terminación verbal *-mos*, que marca la primera persona del plural, por la forma *-nos* en el pasado imperfecto. En tanto los hablantes de determinados niveles sociales dicen con frecuencia, por ejemplo, *hablábanos* por *hablábamos*, otros no producen el cambio. Pero ni los unos ni los otros realizan nunca la sustitución en las formas verbales del presente y del futuro del indicativo: *hablamos* y *hablaremos*. La razón es que estas palabras no son esdrújulas y no inducen a la confusión con el imperativo esdrújulo *háblanos*, que es, además, el que contiene la terminación *-nos*. De nuevo se demuestra que los factores sociales solamente tienen acceso a las zonas de la lengua autorizadas por el sistema.

También condicionan la variación, factores como el sonido siguiente, el tipo de palabra, el acento y otros más. En el español dominicano está comprobado, por ejemplo, que la /s/ final de los artículos colocados delante de una palabra que comience con vocal acentuada se mantie-

ne de forma categórica (*lasuñá, losotro*) en todos los niveles sociales, pero si la /s/ final pertenece a un adjetivo, un sustantivo o un verbo, entonces es eliminada con una frecuencia variable según la condición social y el estilo empleado por el hablante (*limoneagrio, 'limones agrios'*).

1 | 11 La conciencia lingüística

De manera semejante a como existe la conciencia moral, que capacita a una persona para distinguir entre el bien y el mal, también existe una conciencia lingüística o sociolingüística que le permite al hablante saber cuáles formas son aceptables y cuáles no, o cuándo un uso es o no es apropiado. Por ejemplo, los hablantes que reducen la preposición *para* a *pa*, generalmente tienen conciencia, es decir, saben que esa forma no es adecuada en ciertas ocasiones y que si quieren hablar 'mejor', deben decir *para*. De igual modo, un hablante nativo del Caribe normalmente sabe que si se dirige a una persona desconocida y de mayor edad que él, resulta más apropiado llamarla de *usted* y no de *tú*.

De acuerdo con las ideas anteriores, tener conciencia lingüística consiste en saber que existen dos o más posibilidades para realizar un fenómeno, y que por lo general la sociedad prefiere una a la otra. Si un hablante no sabe que existen dos formas para expresar el diminutivo de la palabra *gato* (por ejemplo, *gatico* y *gatito*), entonces se dice que no tiene conciencia de ese fenómeno y lógicamente no puede estar enterado de que en su comunidad la primera es considerada más coloquial que la segunda.

Como puede entenderse, este conocimiento es adquirido y el hablante lo obtiene a través de la educación, de sus experiencias con las personas con las que se relaciona, etcétera. Por eso, es normal que el grado de conciencia varíe de un individuo a otro. En este sentido, algunos estudios han encontrado que los hablantes de sociolectos bajos suelen tener un grado de conciencia lingüística menor que los de los altos. Un ejemplo apropiado para mostrar esto es la forma *haya*, del presente de subjuntivo del verbo *haber*. En diferentes países del mundo hispánico, en su lugar es frecuente el uso de la variante *haiga* entre los hablantes de nivel social bajo. Muchos de esos hablantes no alternan ambas palabras, sino que usan exclusivamente *haiga*, porque a pesar de que comprenden la forma *haya* cuando la escuchan, no disponen acti-

vamente de ella para usarla como hablantes. En este caso particular, no tienen conciencia de que *haiga* es una solución mal vista en ambientes sociales medios y altos.

Por tratarse de un conocimiento adquirido, también de un lugar a otro puede haber diferencias en cuanto a la conciencia que se tiene de ciertos fenómenos. Así como por razones religiosas el beber café es 'malo' para unos y no lo es para otros, un mismo hecho lingüístico puede ser evaluado positivamente en una comunidad y negativamente en otra. En la zona del Caribe, la pronunciación aspirada de la /s/, parecida a una jota, en frases como *laejcuela* ('la escuela'), *sonlajcuatro* ('son las cuatro'), es una opción aceptada como válida por la comunidad culta, y se escucha en la televisión, en discursos formales de políticos. En otros lugares no sucede lo mismo. De igual manera ocurre con el uso del voseo (*vos querés*, en vez de *tú quieres*), que en Argentina es valorado mucho más que en países como Ecuador o El Salvador.

1 | 12 Prestigio y estigma

Con relación al tema de la conciencia lingüística, es necesario hacer referencia a los conceptos de *prestigio* y de *estigma*. Si la comunidad valora y aprecia un fenómeno lingüístico, se concluye que tiene prestigio, es decir, estimación, buena reputación. Cuando lo rechaza, recibe el estigma y se suele decir que está estigmatizado.

Generalmente se reconoce que un hecho tiene prestigio, si su frecuencia aumenta en los estilos formales, si es común en el habla de las personas educadas, y se toma como modelo en la enseñanza escolar. Al contrario, se sabe que está estigmatizado si es más usual en el habla de los grupos bajos que en la de los altos de la sociedad, su frecuencia disminuye en la medida en que el estilo se hace más formal y suele ser objeto de corrección en la escuela. Como ejemplo para ilustrar las ideas anteriores puede pensarse en estas dos versiones de la misma oración:

1 | *Hace mucho calor.* **2** | *Jace mucha calor.*

Resulta evidente que la primera es aceptada y reconocida como correcta en cualquier ambiente. Así podría decir una persona educada en una situación formal. Pero la segunda versión se asocia enseguida con un hablante rural, de baja escolaridad. Dos rasgos propios del habla campesina, que se encuentran fuertemente estigmatizados, invalidan la

forma de esa oración como una opción de la expresión culta: la pronunciación de la *hache* inicial como ‘jota’ en *hacer* (*jace*) y la asignación de género femenino al sustantivo *calor* (*mucha calor*).

Cuando un fenómeno lingüístico carece de prestigio, a veces se producen errores, casos de ultracorrección, que demuestran la existencia del estigma. Es lo que pasa cuando algunas personas dicen *acerte*, en lugar de *aceite*, intentando evitar una pronunciación no deseada, porque creen erróneamente que la /i/ del diptongo /ei/ en *aceite*, procede de una /r/. Esta equivocación es un reflejo claro de que en la República Dominicana lo prestigioso es pronunciar la /r/ como ere. Su transformación en /i/, en cambio, es un hecho estigmatizado.

1 | 13 Inseguridad lingüística

Una noción relacionada también con la de conciencia es la de *inseguridad lingüística*, que se manifiesta cuando el hablante piensa que su modo de hablar no es correcto, es decir, cuando hay una diferencia entre las formas que él considera adecuadas o válidas y las que en realidad utiliza en su habla espontánea. Este sentimiento conduce a la persona a creer que los otros hablan mejor y puede originar una especie de complejo de inferioridad lingüística. En contraposición, existe *seguridad lingüística* cuando se piensa que las formas utilizadas son correctas, independientemente de que en realidad lo sean o no lo sean. A este respecto, a pesar de que muchos dominicanos muestran un grado de inseguridad general cuando opinan que hablan peor que los hispanos de otros países, revelan una gran seguridad en el uso de ciertos fenómenos, como la pluralización del verbo *haber* impersonal (*habían problemas, habemos siete*). En el país, un alto porcentaje de personas de todos los grupos sociales está completamente convencido de que esas formas, que la mayoría utiliza con tanta frecuencia, son correctas.

Si los hablantes que tienen inseguridad lingüística piensan que su modo de hablar es inferior al de otros grupos o al de otros lugares, es lógico esperar que traten de abandonar las formas propias para reemplazarlas por las ajenas. Aunque es cierto que ese sentimiento actúa a veces como motor del cambio lingüístico, no es eso lo que ocurre con más frecuencia.

Las personas que piensan que su modo de hablar es incorrecto o infe-

rior a otro, no por ello lo cambian automáticamente por el que evaluarían mejor. Por lo general siguen hablando igual, porque no hay que olvidar que el habla funciona como un acto de identidad que realiza el hablante, no solo desde el punto de vista individual, sino también como miembro de un grupo social, como residente en una región y como ciudadano de una nación. Todos los hablantes desarrollan un sentimiento de *lealtad lingüística* que los ata a su comunidad de habla. Renunciar a su propia forma de hablar para adoptar la de otros, se entiende normalmente como un acto de negación de su identidad y de traición a su grupo, a su región, a su país. La reacción natural de los amigos, los compañeros de trabajo y los demás miembros del grupo frente a la *deslealtad lingüística* es, por lo general, de rechazo y de burla. Y ese es un precio social muy alto que no todos están dispuestos a pagar.

1 | 14 Lengua, dialecto, sociolecto y estilo

A menudo se entiende la noción de dialecto desde un punto de vista genético. Según ello, toda lengua es un dialecto con respecto a aquella de la cual procede. Así, el español, el francés, el italiano, el portugués, el catalán, son dialectos del latín. A su vez, el andaluz o el canario son dialectos del español.

Pero cuando se dice que el español es una lengua, la perspectiva no es genética, sino que se toman en cuenta, tradicionalmente, otros factores, como el que está fuertemente diferenciada de otros sistemas, que tiene un alto grado de nivelación, que está estandarizada, que sirve como expresión de una larga tradición literaria.

Desde el punto de vista teórico, una lengua es un sistema de comunicación abstracto, no realizable de manera directa. Toda lengua encierra un amplio conjunto de posibilidades que no están circunscritas o delimitadas en lo temporal, lo espacial ni lo social. Es español tanto lo que habló Cervantes hace siglos, como lo que habla en la actualidad el Rey Juan Carlos I; lo que habla un argentino o un panameño, un profesor universitario o un campesino analfabeto. Podría decirse, en sentido estricto, que *nadie habla la lengua*, porque lo que cada persona utiliza cada vez que habla es una modalidad particular de la lengua, pero no la lengua en su totalidad. Por eso sería más apropiado decir que alguien habla *en* español, pero no *el* español. Es sencillamente imposible que en

un acto de habla, un hablante agote las múltiples posibilidades que ofrece la lengua. En el momento de hablar, toda persona se enfrenta con un conjunto de opciones entre las que tiene que elegir, y ya se sabe que elegir implica renunciar. Quien dice *se fue*, no puede decir al mismo tiempo *se marchó*; el que utiliza *tuviese*, deja atrás la forma *tuviera*; los que pronuncian una jota relajada y suave, en ese momento no articulan la variante tensa y áspera, y así sucesivamente. Pero resulta que el español contiene todas esas posibilidades y muchas más.

En esencia, un dialecto no se diferencia de una lengua, ya que también es un 'modo de hablar' irrealizable de forma inmediata en su totalidad, aunque representa un grado menor de abstracción. La diferencia principal se encuentra en el ámbito más limitado del dialecto, que está circunscrito en el tiempo y en el espacio. Un dialecto es, por tanto, *un modo de hablar enmarcado o incluido en otro más amplio*, que es una lengua. Esta, en cambio, *no está supeditada a un sistema superior* y puede ser considerada como la suma de sus dialectos. Pero a pesar de que el dialecto es una entidad incluida dentro del sistema de la lengua, la noción de español de América, de cubano, de cibaño, e incluso de español de Santiago, todavía hace referencia a unos conjuntos complejos y abstractos. Ni los cibaños ni los santiagueros hablan todos de la misma manera. Por pequeña que sea una comunidad, es muy difícil que presente homogeneidad lingüística, y mucho menos uniformidad, porque siempre habrá quienes realicen unos oficios y los que desempeñen otras labores, habrá jóvenes y adultos, mujeres y hombres.

Un dialecto podría definirse como la modalidad que adopta una lengua en una zona geográfica determinada, independientemente de la condición social de las personas que lo hablen. Tan dialecto es la variedad usada por la gente con mucha educación de los sectores de la alta sociedad urbana, como la que usan los campesinos o los obreros que no saben leer ni escribir. Lo que sí es diferente es la valoración social que se asigna a cada una. Por lo general, la modalidad de los primeros disfruta de aprecio y aceptación por parte de la sociedad en general, y sobre la otra cae el estigma o el rechazo social. Pero es completamente inaceptable la vieja idea de que la gente educada habla la lengua, en tanto que la gente sin mucha instrucción de los sectores populares de las ciudades y sobre todo del campo habla un dialecto, entendido an-

tes como variante incorrecta o desviada del modelo lingüístico culto enseñado en las escuelas.

Como es obvio, la modalidad llamada dialecto admite subdivisiones internas, variedades, que son los sociolectos. Un sociolecto, según se indicó antes, es la modalidad lingüística propia de un grupo social más o menos homogéneo, como los hablantes de clase alta con estudios superiores, las mujeres de clase media, las personas de muy bajos ingresos residentes en un barrio marginado. Este modo de hablar representa un grado menor de abstracción que el dialecto, pero tampoco es una unidad simple ejecutable o realizable de forma directa, ya que salvo algunas excepciones, como podrían ser los niños de corta edad y ciertos hablantes extranjeros, no existen personas de estilo único. Es decir, todos los hablantes normalmente tienen la capacidad de variar su manera de hablar según las circunstancias. Por tanto, dentro de un mismo sociolecto es posible distinguir diversos modos de actuación lingüística: los estilos.

El estilo o registro, como fue descrito ligeramente con anterioridad, es la modalidad lingüística concreta que utiliza el hablante en un momento particular y en una circunstancia determinada. Alguien ha dicho que así como el sociolecto indica quién es o cómo es una persona, el estilo revela lo que el hablante está haciendo en un momento específico.

En conclusión, los conceptos de *lengua*, *dialecto*, *sociolecto* y *estilo* no se contraponen, sino que coexisten integrados en una relación de inclusión. De manera que cuando un individuo habla, lo hace en una *lengua* (español, francés, inglés), en un *dialecto* de esa lengua (español chileno, francés canadiense, inglés norteamericano o tejano, español dominicano, cibaño o capitaleño), dentro de un *sociolecto* determinado de ese dialecto (culto, medio, bajo), en un *estilo* particular de su sociolecto (formal, informal, íntimo).